

La intervención de Estados Unidos en Oriente Medio

El caso de Irak (2003)

Aram González Trujillo – Daisy Cabrera Rodríguez

Tutor: José Abu-Tarbush Quevedo

Resumen: La intervención de Estados Unidos en Irak ha sido uno de los fenómenos políticos más polémicos de los últimos años. Los argumentos aportados por la administración Bush para llevar a cabo una acción militar de tales dimensiones son incoherentes, por lo que el objetivo de nuestro trabajo es ahondar en las verdaderas motivaciones para el ataque al país. Todo indica que dicha intervención tenía más relación con la agenda hegemónica de los denominados neocons.

Abstract: The intervention of the United States in Iraq has been one of the most controversial political events of recent years. The arguments put forward by the Bush administration to carry out a military action of such dimensions are incoherent, so the objective of our work is to delve into the true motivations for the attack on the country. Everything indicates that this intervention was more related to the hegemonic agenda of the so-called neocons.

Palabras clave: Irak, Hegemonía, Hegemón, supremacía, Oriente Medio.

Key Words: Iraq, Hegemony, Hegemon, supremacy, Middle East.

ÍNDICE:

1. INTRODUCCIÓN	2
2. MARCO TEÓRICO	4
3. ANTECEDENTES	10
4. ARGUMENTOS PARA LA GUERRA	14
5. CONCLUSIONES	17
6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	20

La intervención de Estados Unidos en Oriente Medio: el caso de Irak (2003)

INTRODUCCIÓN

La intervención de Estados Unidos en Irak (2003) ha sido uno de los fenómenos políticos más polémicos de los últimos años. De hecho, la guerra contra Irak no dejó indiferente a nadie. Numerosos autores han tratado este tema y suelen coincidir en tres aspectos: la intervención ha marcado un antes y un después en la política exterior estadounidense en el Oriente Medio de la posguerra fría; sus consecuencias han sido tan imprevisibles como desastrosas; y también afectó a la imagen, credibilidad y, en suma, al poder blando o de atracción que pudiera poseer Estados Unidos en la región y en el conjunto de la sociedad mundial.

A diferencia de la intervención anterior, en 1991, para restituir la soberanía de Kuwait tras la invasión iraquí en el verano de 1990, que contó con los auspicios y legitimidad del Consejo de Seguridad de la ONU, unido a un importante apoyo internacional, en el caso de la invasión de Irak en 2003 sucedió justo todo lo contrario: careció de cobertura legal alguna en el ámbito internacional y, además, suscitó el rechazo de algunas de las principales potencias mundiales como Rusia y China, e incluso de Estados aliados en Europa occidental como Francia y Alemania. Sin olvidar las numerosas e inmensas movilizaciones de la opinión pública mundial en una dimensión que carecía de precedentes.

Pero esta no fue la única diferencia entre ambas intervenciones, si la que lideró George Bush (padre) no se adentró en Irak, ni encontró una alternativa efectiva que reemplazara al régimen de Saddam Hussein, la que impulsó la administración neoconservadora de Bush *junior* no sólo estuvo animada por la idea de cambio de régimen, sino que incluso llegó a desmantelar el Estado iraquí (en particular, su fuerzas de seguridad) creando un enorme vacío e incluso un auténtico caos que, además de provocar una guerra civil de corte étnico y confesional, atrajo a importantes elementos yihadistas, sembrando las semillas de lo que luego se vertebraría como el autoproclamado Estado Islámico (o *Dáesh* por sus siglas en árabe).

De hecho, dicha intervención tuvo como consecuencia imprevista el empoderamiento de Irán al alterar el equilibrio de poder regional. De manera que se puede afirmar que el Oriente Medio convulso que conocemos hoy no es del todo ajeno a esas consecuencias imprevistas y no deseadas de la intervención de Estados Unidos.

La perspectiva teórica desde la que se aborda este conflicto no es otra que la de la disciplina de las Relaciones Internacionales, en concreto, la relativa al poder y de manera particular la que se refiere a la hegemonía. Se considera que este es el marco teórico pertinente por cuanto se parte de la hipótesis que la denominada guerra contra Irak (2003) fue una “guerra por elección”, “no por obligación” (Obama dixit), que apostaba por el predominio geoestratégico de Estados Unidos en el sistema internacional posterior a la Guerra Fría.

En cuanto a la organización interna del texto, después de referenciar el mencionado marco teórico (epígrafe 1), se pasa seguidamente a una breve contextualización histórica (epígrafe 2) que, a modo de introducción al tema, recoge los sucesos de la Guerra Fría, la invasión de Kuwait en 1990, la colaboración de la Unión Soviética y la actuación neoconservadora de Bush *junior* después del 11-S. Posteriormente, se realiza un balance de los argumentos ofrecidos por parte de la administración Bush y la validez de los mismos (epígrafe 3). Por último, se esbozan las conclusiones del trabajo, aludiendo a los acontecimientos más recientes en Irak y en el conjunto de la región, sin perder de vista las amenazas de Estados Unidos sobre Irán que, en cierto modo, recuerdan a las de la administración neoconservadora sobre Irak en los preámbulos de su invasión.

1. MARCO TEÓRICO

El repertorio de argumentos empleados por la administración de George Bush *junior* pareció más un pretexto para intervenir en Irak que unas motivaciones reales, como se verá más adelante. De hecho, nuestra hipótesis de trabajo se basa en esto: la invasión estadounidense en Irak respondió a una agenda y apuesta hegemónica de la administración neoconservadora, al ser Irak una pieza clave en el tablero regional de Oriente Medio.

Tras el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética concluye el orden mundial bipolar impuesto en el sistema internacional después de la Segunda Guerra Mundial. Este nuevo panorama mundial, lleno de incertidumbres, invitó a la especulación en torno al nuevo orden político internacional: ¿hay un nuevo sistema internacional? O más bien, ¿existe un sistema internacional en transición?

El sistema internacional en la era de la posguerra fría ha sido objeto de diferentes denominaciones: unipolar, multipolar, unimultipolar o, algo aún más complejo, como la era de la no polaridad. Primero, la visión unipolar mantiene que sólo existe una superpotencia significativa y aunque coexista con otras potencias menores, éstas no suponen ningún desafío relevante para aquélla. Por lo que la supremacía del poder estadounidense no puede ser contrapesada. De ahí el carácter inequívocamente unipolar del sistema internacional. Segundo, la visión multipolar sostiene que ya no existe una única superpotencia, sino que el sistema internacional está compuesto por varias potencias principales que cooperan entre ellas, y rivalizan en asuntos internacionales. Desde esta perspectiva se delimita más detalladamente el poder estadounidense y, en contrapartida, se resalta la influencia de otras grandes potencias en la escena mundial, como podría ser el caso de China, India o Rusia, entre otras¹. En tercer lugar, la visión unimultipolar, esbozada por Samuel Huntington, defiende que el sistema internacional no es un sistema unipolar ni multipolar, sino un híbrido de estos dos. En la política internacional cohabitan la única superpotencia con las otras potencias principales. La interacción entre las distintas potencias es de cooperación, también de cierta rivalidad. Pero en los temas

¹ TODD, Emmanuel: *Después del Imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*, Madrid: Foca, 2003. [*Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain*, París, Gallimard, 2002].

principales, la superpotencia suele imponerse sobre aquéllas, incluso vetando algunas acciones o actuando unilateralmente². Por último, la era de la no polaridad. Richard Hass señala que el sistema multipolar a lo largo de la historia se basaba en la existencia de unas pocas potencias (cinco o seis) con un equilibrio de poder simétrico, pero ahora el mundo se ha complejizado, de tal manera que hay más poder y se encuentra más disperso, de manera que es difícil hablar de multipolaridad en el sentido tradicional del término. Hoy incluso las alianzas son más complejas, sin la cohesión político-ideológica de la época bipolar y más centradas en cuestiones específicas³.

El concepto de poder en las relaciones internacionales ha sufrido una transformación a consecuencia de los cambios surgidos tras la Guerra Fría. En un principio este poder era calificado de manera unidimensional, equivalente de la influencia político-militar. Sin embargo, en la actualidad los cimientos del poder se han ido apartando del énfasis en el poderío militar y, en su lugar, se han incorporado otros elementos, entre los que destaca el factor económico. Esta acepción económica del poder no significa que el sistema internacional esté libre de dominación, competición y conflicto, pero sus manifestaciones no siempre se articulan violentamente, sino mediante mecanismos más sutiles.

El poder ya no es una mera acumulación de recursos, sino también una disponibilidad y voluntad de ejercerlo, destacando la capacidad de combinar sus capacidades dependiendo de las situaciones. En este sentido, Joseph Nye considera que el poder pasa a ser tridimensional en el sistema mundial. El autor considera que antes de hablar de si el poder es unipolar o multipolar habrá que atender a qué tipo de poder se hace referencia, en este sentido, si se habla de un poder político militar, es un poder unipolar, pero si se refiere a un poder económico, se hablará de un poder multipolar⁴.

² HUNTINGTON, Samuel: "La superpotencia solitaria", *Política Exterior*, núm. 71, 1999, pp. 39-53. [«The Lonely Superpower», *Foreign Affairs*, vol. 78, núm. 2, 1999, pp. 35-49].

³ HASS, Richard: "La era de la No Polaridad", *Foreign Affairs*, núm. 3, 2008, pp. 66-78. [«The Age of Nonpolarity», *Foreign Affairs*, vol. 87, núm. 3, 2008, pp. 44-56].

⁴ NYE, Joseph.: *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*, Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano, 1991, pp. 171-182. [*Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*, New York, Basic Books, 1990].

De hecho, debido a la nueva distribución del poder en el sistema internacional, buena parte de la reflexión por parte de algunos autores estadounidenses estuvo enfocada a la prolongación del predominio geoestratégico de Estados Unidos, sabiendo que ninguna potencia, por muy fuerte que llegue a ser, se puede mantener de manera indefinida como un *hegemón*. Como ha señalado Brzezinski, la hegemonía es una fase histórica pasajera. Al final el dominio global de Estados Unidos acabará por desvanecerse⁵.

Así, pues, no tardó en abrirse un abanico de especulaciones sobre cuál sería el propósito del poder global de Estados Unidos. La respuesta a esta pregunta dependería de si el consenso internacional legitimaba el liderazgo estadounidense o si, por el contrario, la primacía norteamericana tendría que recaer principalmente en la dominación energética basada en la fuerza. En caso de producirse la primera opción se incrementaría la supremacía estadounidense y, en el segundo caso, aumentaría el gasto de poder, aunque también quedaría Estados Unidos en una posición de excepcional preponderancia.

De alguna manera, Estados Unidos ha respondido a la pregunta con sus hechos. Los atentados del 11-S fueron utilizados por la administración neoconservadora como un punto de inflexión para poner en marcha su agenda hegemónica.

Desde el 11-S, la solidaridad global inicial con Estados Unidos se transformó rápidamente en soledad estadounidense, en retroceso de la simpatía global y en aumento de las sospechas con respecto a las motivaciones reales que había detrás del ejercicio del poder norteamericano. La invasión de Irak (2003) provocó dos efectos paralelos: por una parte, erosionó la credibilidad política global de Estados Unidos; y, por otro lado, la credibilidad militar estadounidense aumentó significativamente. Dado que la legitimidad internacional depende en grandes medidas de confianza, los costes para la posición global de Estados Unidos no fueron nada desdeñables.

⁵ BRZEZINSKI, Zbigniew: *El Dilema de EEUU: ¿Dominación global o liderazgo global?* Barcelona: Paidós, 2005 [The Choice: Global Domination or Global Leadership, New York, Basic Books, 2004].

A partir del 11-S, en buena parte del mundo se consideraba que la política estadounidense en materia de seguridad sólo ponía el énfasis en la guerra global contra el terrorismo, centrándose en sus síntomas sin advertir sus causas. De hecho, la mayor preocupación de la administración de Bush *junior* fue la de atraer la atención pública sobre ese fenómeno. Esta atención permanente sobre el terrorismo resulta políticamente cautivadora a corto plazo, pero como estrategia a más largo plazo suscitaba serias dudas sobre su efectividad y credibilidad. En concreto, generaba cierta intolerancia hacia otros países y culturas; además Washington podía designar de manera arbitraria a un determinado país como un “Estado proscrito”. Estados Unidos era acusado, así, de erigirse en una especie de policía mundial.

La cuestión práctica del mantenimiento de la posición de Estados Unidos estaba relacionada de forma directa con el carácter de su liderazgo global. “El necesario liderazgo global cooptativo precisa de un esfuerzo consciente, estratégicamente coherente e intelectualmente exigente de parte de la persona que el pueblo estadounidense elija como presidente”⁶.

El gran dilema estratégico ante el que Estados Unidos se vio obligado a elegir contenía varias implicaciones específicas. La principal era la asociación atlántica de carácter complementario y progresivamente vinculante para la colaboración global. Pero, más allá de la propia Europa, Oriente Medio era una zona de enorme interés para Estados Unidos y para los europeos, por su importancia geoestratégica y económica; además del interés que suscitaba sus recursos. De hecho, Estados Unidos era percibido aquí como un poder intruso e interesado en sus ingentes recursos energéticos y en brindar protección al Estado israelí. En este sentido, era visto como un árbitro parcial en lo que se refiere a su mediación e intervención en la zona. Es más, el abuso del *poder duro* —intervención militar y sanciones económicas— en esta parte del mundo hizo que sus recursos de *poder blando* —valores culturales e ideológicos— fueran vistos como un doble rasero.

⁶ BRZEZINSKI, Zbigniew: *op. cit.*, p. 246.

Tanto es así que se crea una política exterior específica y ex profesa en el contexto de la invasión de Irak a la que se llamó “Doctrina Bush”. Esta doctrina puede dividirse en los siguientes puntos de manera simplificada, atendiendo a su objetivo principal y a las medidas utilizadas. El objetivo era evitar que cualquier otro Estado en el sistema internacional adquiriera la paridad o la igualdad estratégica con Estados Unidos. Esto supone una forma de garantizar la supremacía estadounidense evitando que ningún otro Estado llegue a estar a su altura.

El medio utilizado para evitar dicha paridad estratégica fue la *guerra preventiva*, propiciando o cambiando regímenes dictatoriales por otros gobiernos supuestamente democráticos. En este tipo de guerra no se requiere un ataque previo del enemigo, simplemente que se perciba una amenaza potencial, es decir, se basa en atacar antes de que surja una amenaza. Sin embargo, recibió numerosas críticas ya que desmantelaba toda la arquitectura de seguridad en la que se asentaba el orden internacional desde la Segunda Guerra Mundial, y que Estados Unidos había contribuido a construir de manera significativa. Podemos concluir entonces que la Doctrina Bush es una medida que trata de consolidar la hegemonía estadounidense en Oriente Medio, pero ¿en qué se basa esta hegemonía?

La hegemonía es definida como el dominio que ejerce un Estado sobre el resto de los actores estatales del sistema internacional y que acumula gran parte de los recursos de poder. En este caso la estructura se distingue por su carácter marcadamente asimétrico. La teoría de la hegemonía ofrece una visión muy distinta de la política internacional. Al contrario que en la teoría del equilibrio de poder, esta teoría presenta como rasgo básico la sucesión de auges y caídas de grandes potencias a lo largo de la historia⁷. Cuando un Estado hegemónico se debilita, el paso de una situación de predominio a otra vendrá marcado por una gran guerra⁸.

La hegemonía es entendida en su variante más positiva: el *hegemón* benevolente. El Estado hegemónico puede ser benevolente e intentar mantener su status quo

⁷ KENNEDY, Paul: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona: Plaza & Janés, 1988, pp. 21-22. [*The Rise and Fall of the Great Powers*, London, Unwin Hyman, 1988].

⁸ SODUPE, Kepa: *La estructura de poder del sistema internacional. Del final de la Segunda Guerra Mundial a la posguerra fría*, Madrid: Fundamentos, 2002.

respetando la soberanía del resto de Estados. Para satisfacer sus intereses particulares, este Estado sienta las bases del orden económico y político mundial que, supuestamente, pueden beneficiar tanto al Estado hegemónico como al resto, siempre y cuando no emerja un Estado insatisfecho que quiera cambiarlas radicalmente. En teoría, el sistema internacional bajo el predominio de una potencia hegemónica suele ser más estable que bajo el de varias potencias en un orden multipolar. Esta es la tesis que, expresada de un modo u otro, defendió la administración neoconservadora en Washington. Entendiendo, por tanto, que la hegemonía propiciaba un sistema internacional mucho más estable, en contraposición al sistema multipolar que tiende, como se ha dicho, a una competición constante de poder con mayor riesgo de provocar conflictos entre las grandes potencias. Desde esta óptica, Estados Unidos buscaba articularse como *hegemón* dentro del sistema internacional.

Sin embargo, Paul Kennedy anuncia un posible declive estadounidense. Este autor dedica un capítulo entero de su clásica obra para explicar el “problema del número uno”. Kennedy afirma que es cierto que Estados Unidos puede situarse en una posición de supremacía estratégica, pero que a pesar de eso se encuentra, al igual que otras potencias históricas, con una serie de obstáculos que pueden generar el advenimiento de su caída. Las pruebas que debe superar Estados Unidos para garantizar su longevidad como superpotencia son, por un lado, en el ámbito militar-estratégico, conservar un equilibrio entre las percibidas exigencias de defensa de la nación y los medios que posee para atender estos compromisos; y, por otro, fuertemente relacionado con lo anterior, librar las bases tecnológicas y económicas de la erosión relativa frente a las cambiantes pautas de la producción mundial.

Kennedy, además, pone énfasis en la especial dificultad con la que se encuentra el país norteamericano ya que según el autor han heredado toda una serie de compromisos estratégicos contraídos décadas antes, cuando la capacidad política, económica y militar de la nación para influir en los asuntos mundiales parecía mucho más asegurada. En consecuencia, Estados Unidos corre el riesgo de lo que Paul Kennedy denomina sobre-expansión (*overstretch*), es decir, los dirigentes del país en Washington se enfrentan a la desagradable visión de que la suma total de

los intereses y obligaciones mundiales de Estados Unidos es mucho mayor que la capacidad del país para afrontarlos y defenderlos a todos al mismo tiempo.

Además de este riesgo, hay que tener en cuenta que a medida que se ha ido complejizando la vida política internacional, otros nuevos actores se han sumado a los Estados en la detentación del poder. La emergencia de nuevas potencias podría hacer que Estados Unidos viera erosionado su poder global. Por ello, la hegemonía estadounidense no se expresa ya de manera tan uniforme, es decir, no siempre se presenta ni tan suave, ni de una forma agresiva o autoritaria⁹. De hecho, paralelamente a la intervención en Irak (2003), Estados Unidos fue desafiado por Corea del Norte que anunció la reanudación de su programa nuclear. La respuesta estadounidense fue muy diferente a su reacción bélica frente a Irak, la existencia de dos Estados regionales principales —China y Japón— y la amenaza del frágil equilibrio geoestratégico en el Lejano Oriente explican, en buena medida, la actitud más comedida de Estados Unidos. Dicho en otros términos, Estados Unidos aplicó su hegemonía unipolar en el caso de Oriente Medio (interviniendo militarmente), pero sólo su supremacía en el caso de Corea del Norte (invitando a las partes a sentarse en torno a la mesa de negociación).

2. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La invasión de Irak en 2003 fue la máxima expresión de una relación problemática y ambigua que se ha desarrollado desde finales del siglo XIX, cuando las potencias europeas comenzaron a mostrar su interés por la entonces provincia otomana. Desde aquel momento, las relaciones entre Irak y Occidente estuvieron marcadas por patrones de dominación e influencia, que expresan la importancia estratégica que ha tenido el país para las grandes potencias. En este sentido, es importante comprender las dinámicas que caracterizaron la agitada relación entre Irak y Occidente durante el siglo XX. Hay que tener en cuenta, además, que todo ello está inserto en procesos de cambio en la realidad y equilibrios internacionales¹⁰.

⁹ ABU TARBUS, José: "¿Cómo definir la actual supremacía estadounidense?" *Témpora. Revista de historia y sociología de la educación*, núm. 7, 2004, pp. 15-29.

¹⁰ ALBA CUÉLLAR, Angélica: "Irak y Occidente en el siglo XX: La historia de una relación estratégica y tumultuosa", *Revista Análisis Internacional*, núm. 4, 2011, pp. 111-130.

De todos los Estados del Medio Oriente, Irak era el que quizá se enfrentaba a más obstáculos para su propia formación. Los problemas del naciente Irak iban a estar profundamente ligados a su propia naturaleza, cuyo carácter fragmentario se vería frustrado por la influencia de las grandes potencias. El nuevo Estado iraquí iba a ser de carácter muy heterogéneo, pues entre otras cosas las tres provincias o wilayas (Basora, Bagdad y Mosul) tenían hasta entonces muy poco en común, al estar gobernadas durante siglos de manera separada. Con la creación del Estado se imponía la unidad a tres grupos étnicos confesionales (chiíes, kurdos y suníes)¹¹, que estaban lejos de reconocerse como un mismo proyecto de nación.

Tras la independencia Iraquí de Gran Bretaña (1930) se generó una fuerte inestabilidad política que dio pie tanto a diversos golpes de Estado como a que Bagdad se convirtiera en un escenario de efervescencia política de gran relevancia. La influencia militar británica sobre el país empezó a decaer después de la Segunda Guerra Mundial. El replazo que sufrieron los británicos frente a Estados Unidos y la Unión Soviética en el contexto de la Guerra Fría presagiaba un cambio sustancial en el orden que se había establecido en la región hacía casi cincuenta años¹².

Después del desmantelamiento de la monarquía (1958), cuya relativa estabilidad había sido la herramienta de los británicos para ejercer su influencia sobre el país, la URSS mostró un gran interés en establecer lazos de cooperación con el país iraquí, siendo un gran aliciente su vecindad, potencial económico y reservas de petróleo. Este hecho, unido al pasado de dominación colonial británica en Irak y la posterior evolución política interna del país, alejó de algún modo a Irak de la tradicional influencia de Occidente.

Debido a que el escenario en Irak era muy confuso y volátil, tras una serie de golpes de Estado y revueltas internas, el partido Baath accedió al poder en 1968, estableciendo un gobierno que duraría más de cuatro décadas. A pesar de ello, la Unión Soviética seguía manteniendo una actitud favorable a la cooperación que, a su vez, inquietaba a Washington, pues percibía la Unión Soviética como una amenaza a sus intereses en la región, en particular, a que Estados Unidos trataba

¹¹ WALKER, Martin: "The making of modern Iraq". *The Wilson Quarterly*, núm. 2, 2003, pp. 29-40.

¹² ALBA CUÉLLAR, Angélica: *op. cit.*, p. 117.

de sustituir la función de cierto predominio hegemónico que anteriormente ejercían los británicos¹³. Aun así, Irak trataba de no aislarse totalmente de la esfera capitalista, e incrementó lazos comerciales con Francia, Reino Unido, Japón y Estados Unidos, entre otros.

La relación entre Irak e Irán en los años setenta ambos países no eran de conflicto. La situación se trancó cuando la revolución iraní, capitalizada por el ayatolá Jomeini, provocó la caída del régimen del sha en 1979. Tras la revolución iraní los intereses entre Irak e Irán entran en disputa y Estados Unidos, queriendo reasegurar las alianzas regionales con los Estados del Golfo, además de evitar a toda costa un triunfo de Irán, empezó a proveer asistencia a Irak. A pesar de la alianza entre el Estado iraquí y los soviéticos, Washington retiró a Irak de su lista de países patrocinadores del terrorismo y le asesoró en materia de inteligencia frente a Irán. No fue una ayuda inocente, pues buscaba cortar el potencial insurgente que podía adquirir la revolución iraní en la región. Además, junto a otros países occidentales, ofreció también armamento a Bagdad, acto que evidenciaba que Occidente en general, y los Estados Unidos en particular, no dudaron en contribuir a la construcción del arsenal estratégico iraquí, el mismo que posteriormente condenarían.

La guerra terminó en 1988 cuando los dos países aceptaron la Resolución 598 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, sin un vencedor claro y manteniendo los límites territoriales anteriores al conflicto. Irak, tras el enfrentamiento, se encontraba seriamente endeudado, debido principalmente a la fuerte dependencia occidental que se había ido generando durante la campaña bélica, causando severos efectos en la capacidad económica y política del régimen. La situación económica del país era desesperada y hasta entonces Irak había actuado como un aliado de Estados Unidos, sin embargo, no dejaba de ser una alianza meramente coyuntural, resultado de la convergencia de intereses frente al Irán islamista, por lo que Estados Unidos al terminar la guerra suspendió la concesión de nuevos préstamos al país¹⁴. La respuesta del régimen iraquí fue pasar factura por su esfuerzo militar durante la

13 YETIV, Steve A.: *The absence of grand strategy: The United States in the Persian Gulf, 1972-2005*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 2008.

14 SEGURA, Antoni: *Irak en la encrucijada*, Barcelona: RBA, 2003, p. 79.

contención de la revolución iraní a los países de la Liga Árabe, en particular, a las monarquías petroleras del Golfo. Argumentando que la lucha para frenar la revolución favoreció a Kuwait y al resto de países de la Península Arábiga, Irak exigió una serie de compensaciones como pago, haciendo especial mención a Kuwait y afirmando que “consideraría los estragos causados a la economía iraquí como una declaración de guerra”¹⁵ en caso de no colaborar. Si las peticiones no eran atendidas, Irak satisfacería su vieja aspiración de obtener una salida viable al mar que facilitaría la exportación del petróleo.

La negativa de Kuwait frente a las exigencias iraquíes desembocó en la invasión del país en 1990. Como respuesta, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó rápidamente una serie de resoluciones condenando la invasión de Kuwait y reclamando la inmediata retirada de las tropas de Saddam Hussein. Para ello, la ONU, presionada por Estados Unidos, autorizó a los Estados miembros a usar todos los medios requeridos para expulsar a Irak de Kuwait si no se retiraba antes del 15 de enero de 1991. Como Hussein se opuso a aceptar la resolución, Estados Unidos y sus aliados iniciaron los bombardeos sobre Irak. Las fuerzas iraquíes en Kuwait fueron rápidamente aplastadas por la aviación estadounidense y el 27 de febrero se ponía fin a la guerra. No hay duda de que Estados Unidos se proclamó como el gran ganador de la Guerra del Golfo, hecho que sirvió para reforzar la nueva hegemonía estadounidense en Oriente Medio, estableciéndose así algunas pautas de comportamiento en un emergente e incierto orden mundial que sin duda lideraban, cosa que se evidenció aún más con la desaparición de la URSS.

Con el fin de la guerra, el régimen iraquí fue obligado a destruir, con supervisión internacional, las armas de destrucción masiva y los misiles, a someterse a inspecciones en el futuro y a no desarrollar armas nucleares. Otra de las desastrosas consecuencias fue la precariedad y el empobrecimiento que sufrió Irak tras la contienda, debido al draconiano bloqueo impuesto, además de las compensaciones¹⁶. A pesar de ello, Saddam Hussein y su círculo familiar seguían

¹⁵ SEGURA, Antoni: *op. cit.*, p. 80.

¹⁶ FAROUK-SLUGLETT. Marion y SLUGLETT. Peter: *Iraq since 1958: From Revolution to Dictatorship*. London: I. B. Tauris, 2001.

gobernando en Bagdad con mano férrea y un desenfrenado despotismo. En suma, el régimen se mantuvo relativamente inmune a la guerra y a las dificultades internas, con capacidad para aplastar nuevas revueltas y provocar matanzas ante la indiferencia de la coalición internacional que lo había expulsado de Kuwait.

Pese a aterradores crímenes de los que se acusaba a Hussein, el derrocamiento no fue una opción. La administración estadounidense de Geore Bush (padre) entendió que llegar hasta el dirigente iraquí suponía desestabilizar la región, ya que el país quedaría debilitado e Irán podría incrementar su poder regional. Esto no se tuvo en cuenta algo más de una década después, cuando Bush *junior* asumió la presidencia de Estados Unidos y el país fue objeto del terrorismo de Al Qaeda en 2001. Los atentados del 11-S causaron numerosas muertes, además de infundir un sentimiento de terror generalizado no solo en Estados Unidos, sino en el resto del mundo. Tanto por parte del gobierno como de los medios de comunicación, el fenómeno se presentó a la población como una lucha entre el bien y el mal; y la situación fue abordada por la administración Bush con una declaración de “guerra contra el terrorismo”. En este sentido, se podría entender que una de las consecuencias del 11-S fue la invasión de Irak en 2003. Pero si se atiende a los verdaderos argumentos e intenciones de este ataque, objeto de una importante polémica, habría que matizar que, en realidad, la instrumentalización del 11-S tenía más que ver con una agenda hegemónica de la administración neoconservadora estadounidense que con una supuesta implicación del régimen iraquí en dichos atentados

3. ARGUMENTOS PARA UNA GUERRA

La controversia por la anunciada intervención militar de Estados Unidos en Irak (2003) estuvo estrechamente ligada a las motivaciones o argumentaciones empleadas entonces por la administración neoconservadora de George Bush *junior*. En concreto, cabe advertir tres importantes líneas argumentativas: primera, la posesión de armas de destrucción masiva (químicas, biológicas y nucleares); su presunto vínculo con el terrorismo yihadista (muchos ciudadanos estadounidenses pensaban que Saddam Hussein estaba detrás de los atentados del 11-S); y, por último, el carácter dictatorial del régimen iraquí.

Ante estas acusaciones, era obligado preguntarse si fueron realmente estas razones las que llevaron a Estados Unidos a intervenir en Irak en 2003. Respecto a la primera, tras el ataque a Irak se ha mostrado la inexistencia de dichas armas; sobre la segunda, tampoco se pudo contrastar ni comprobar los supuestos vínculos entre el gobierno iraquí y el terrorismo yihadista; y, por último, la tercera argumentación, que el régimen iraquí era una dictadura resulta, cuando menos, curiosa, por cuanto no era una novedad ni precisamente una excepción en un contexto regional donde las dictaduras son la norma; y nunca fue un obstáculo para que tanto Estados Unidos como otras grandes potencias mundiales mantuvieran relaciones e incluso importantes alianzas estratégicas.

Uno de los autores que de manera más didáctica y contundente ha desmontado las argumentaciones empleadas por Estados Unidos fue Todorov¹⁷. En su obra desgrana punto por punto los supuestos móviles dados por la administración de George Bush *junior* para llevar a cabo la intervención en Irak.

Todorov explica que Bush *junior* en su discurso del 17 de marzo de 2003 afirmaba que la intervención en Irak tenía dos motivos: “El régimen iraquí continúa poseyendo y ocultando algunas de las armas más mortíferas conocidas hasta ahora... además ha prestado apoyo, entrenado y alojado a terroristas, entre ellos varios agentes de Al Qaeda”¹⁸.

La amenaza se definía entonces por la combinación de ambos factores: Irak fabrica armas y, además, supuestamente puede ponerlas a disposición de los terroristas responsables de los atentados del 11-S. Para abordar este tema, Todorov comienza recordando que Irak no es, ni de cerca, uno de los principales productores de armas, quedando este privilegio en manos de países occidentales, más concretamente de Estados Unidos.

¹⁷ TODOROV, Tzvetan: *El nuevo desorden mundial*, Barcelona: Península, 2003, pp. 97-108. [*Le nouveau désordre mondial*. Paris, Éditions Robert Laffont/Susana Lea Associates].

¹⁸ Discurso a la nación pronunciado por Bush *junior* el 17 de marzo de 2003, citado en TODOROV, Tzvetan: *El nuevo desorden mundial*, Barcelona: Península, 2003, p. 19.

Las armas de destrucción masiva que supuestamente Irak poseía se distinguen en tres grupos: armas nucleares, biológicas y químicas. El primer tipo de armamento era más un proyecto que una realidad, pero esa posibilidad quedó destruida tras el bombardeo israelí de la central nuclear Osirak en 1981; además, debido a la permanente vigilancia de la que fue objeto Irak por parte de Occidente, nunca pudo disponer de armas de este tipo. El segundo, las armas biológicas, pese a haber sido fabricadas en Irak, pierden su eficacia a lo largo del tiempo, y estas se habían creado hace años. Por ello, en caso de poseer armamento biológico, no estaba en condiciones de ser utilizado. Por último, es cierto que Irak fabricó armas químicas, pero quedaron destruidas tras la Guerra del Golfo en 1991. Ni antes, ni durante ni después del ataque se demostró la existencia de dichas armas. Además, cabe preguntarse: si hipotéticamente Irak poseía este tipo de armamento ¿por qué no lo utilizó durante la invasión? El país estaba siendo atacado, se encontraba en inferioridad con respecto a otros tipos de armamento, y el máximo dirigente iraquí, Saddam Hussein, no es de los que escatimaban en medios. Una de las posibles respuestas es que no las utilizaron porque simplemente no contaban con ellas.

Si se afirmaba que Irak tenía vínculos con el terrorismo, entonces el ataque podía relacionarse con la legítima defensa de la nación estadounidense. Aun así, no hay ninguna prueba concluyente que pueda respaldar tal afirmación. Por otra parte, la alianza entre Al Qaeda y el régimen iraquí era bastante inverosímil, pues los ataques del 11-S fueron por motivos políticos, ideológicos y estratégicos. Sin olvidar que el régimen iraquí era de tendencia laica, pese a que también intentó instrumentalizar el proceso de reslamización registrado en la región como otros muchos regímenes de la zona. La supuesta alianza entre ambos, elementos del Al Qaeda y del régimen, podría darse ante escenarios de conflicto extremos, por ejemplo, ante la invasión en Irak. Por ello cabe preguntarse si la intervención realmente se centraba en la “lucha contra el terrorismo”.

Al margen de las acusaciones sobre las conexiones terroristas y la posesión de armas de destrucción masiva, Bush *junior* justificó doblemente su decisión: la intervención apostaría tanto por la seguridad nacional como por llevar la libertad y la democracia a otras personas. Todorov desmonta también este argumento al recalcar que Estados Unidos ha permitido y colaborado con distintas dictaduras,

siempre y cuando no fueran en contra de los intereses de Estados Unidos. Basándose en esto, el autor escribe que ambos objetivos, el de la seguridad y el de la libertad, no son incompatibles de entrada, pero si hay que elegir entre la democracia para los demás o la seguridad del país, lo normal es elegir la seguridad.

Según Todorov no es deshonroso preocuparse por la seguridad nacional, y menos aún si puede ligarse a la instauración de un régimen liberal. Lo que resulta ultrajante es ampararse en la exportación de la democracia para llevar a cabo una intervención militar que no puede verse realmente como legítima defensa, sino como lo que se denominó *guerra preventiva*.

CONCLUSIONES

El 11-S marcó un antes y un después en la historia más reciente de Estados Unidos. Los efectos políticos (Estados Unidos ha sido atacado), los psicológicos (depresión e inseguridad de los habitantes del país) y los económicos son algunas de las consecuencias del atentado y lo que esto supuso: Estados Unidos era vulnerable. La respuesta de los *neocons* de la Administración Bush fue dirigir toda su potencia ideológica, militar y económica contra el Irak de Saddam Hussein como primera pieza para cambiar la configuración de Oriente Medio y, con ello, la geoestrategia mundial. De hecho, Condoleezza Rice, la consejera de Seguridad Nacional en ese momento, declaró que el 11-S no fue exclusivamente una catástrofe, sino también una oportunidad para desplazar las placas tectónicas de la política internacional¹⁹.

Tras la intervención, el desmantelamiento del Estado iraquí abrió un periodo de gran inestabilidad e incertidumbre que, unido a la parcial retirada del ejército norteamericano de Irak (que no se completó hasta 2011), crearon un vacío de poder que provocó más violencia y caos. Estados Unidos no logró garantizar la estabilidad, por el contrario, atrajo a elementos radicalizados y un aumento de la anarquía. George Bush *Junior* fue mucho más allá que su predecesor, Bush (padre), en lo que a Irak se refiere: en la Guerra del Golfo (1990) expulsó a las tropas iraquíes de

¹⁹ RICE, Condoleezza: "Repensar el interés nacional. El realismo estadounidense para un nuevo mundo", *Foreign Affairs Latinoamérica*, núm. 4, 2008, pp. 130-150.

Kuwait, pero no invadió ni dismanteló el Estado iraquí. Entendía que de cara a la estabilidad regional era preferible el orden injusto a la anarquía. Esto es, mantener a Saddam Hussein en el poder era menos malo que remplazarlo sin ninguna alternativa sólida y, por supuesto, cercana a Washington.

Todo indica que la desarticulación de Irak en todos sus ámbitos fue producto de la ocupación y de un cúmulo de errores en las decisiones tomadas por Estados Unidos: si intervenir en el país fue un error, la desarticulación del Estado fue aún peor. Uno de los efectos internos de esta intervención fue la radicalización de una parte de la población iraquí, al recibir por parte del Estados Unidos un ataque desmesurado como respuesta a un atentado que ellos no habían cometido. A los efectos internos se sumó el vacío de poder, una gran inseguridad e inestabilidad. Para el conjunto de la población iraquí la vida en el país se hizo insostenible: la violencia estaba a la orden del día. Se incrementó la criminalidad, el tráfico de niños, los saqueos y el tráfico de drogas, entre otros desórdenes y delitos.

Sin embargo, la intervención no solo tuvo efectos internos, sino que sus consecuencias llegaron aún más lejos. Como medida de presión para que los Estados Unidos y sus aliados militares abandonaran el territorio iraquí, el terrorismo hizo aparición en Irak de una forma desconocida hasta entonces. A la entrada de Al Qaeda siguió años después la del autoproclamado Estado Islámico (ISIS por su siglas en inglés), que se extendió y comenzó a cobrar notoriedad a raíz del conflicto en Siria. Además, el vacío de poder en Irak favoreció cierto empoderamiento regional de Irán, pues hasta la fecha Bagdad hacía de contrapeso de Teherán.

Todas las consecuencias negativas señaladas a lo largo del texto supuso un desprestigio de Estados Unidos. Su abuso del poder duro —intervención militar y sanciones económicas— afectó negativamente a sus recursos de poder blando —asociado a valores culturales e ideológicos como derechos humanos, democracia y modernización sociopolítica—. Su política fue calificada de doble rasero. Este desacreditó, unido a otras líneas de su política exterior en la región, contribuyeron a dilapidar la simpatía y solidaridad que había suscitado después del 11-S.

La intervención militar de Estados Unidos en Afganistán (2001), la invasión en Irak (2003) y la intervención en Libia (2011) han dejado en evidencia la capacidad de Estados Unidos para generar un nuevo orden. En ninguno de estos casos ha logrado la pacificación y, menos aún, la estabilidad. A su vez, ha visto declinar su poder e influencia en la región y, por extensión, su supremacía, al querer sobreexpandirse (*overstretch*) por encima de sus posibilidades sin tener en cuenta diversos y complejos factores.

Sin duda alguna, cabe entender la intervención en Irak (2003) como una medida unilateralista de carácter imperial por parte de la administración Bush. Así queda mostrado tanto por la invalidez e incoherencia de los argumentos dados para la invasión como por el desprecio al Consejo de Seguridad de la ONU, al intentar actuar como juez y parte en el sistema internacional. Además, esta desastrosa intervención difícilmente buscaba la promoción de la democracia o la lucha contra el terrorismo. Parece más lógico entenderla como un intento de Estados Unidos para incrementar su supremacía estratégica o, dicho de otro modo, hegemonía.

En sintonía con el trabajo de la profesora Caterina Segura y el profesor Ángel J. Rodrigo, cabe convenir que: “los atentados del 11-S precipitaron, facilitaron y justificaron la articulación explícita del proyecto imperial, un proyecto que tiende a subvertir los principios básicos del sistema internacional contemporáneo”²⁰.

Una década y media más tarde, la administración Trump (2017) parece reacia a mirar al pasado, incrementando de nuevo la tensión en la región al renunciar al acuerdo nuclear con Irán. Hay que tener en cuenta que el principal objetivo de Estados Unidos en la región ha estado tradicionalmente centrado en asegurarse el suministro de petróleo, en mantener su influencia de forma exclusiva y predominante (e incluso hegemónica), y en brindar su incondicional apoyo al Estado israelí. Por ello, podemos afirmar que la agenda hegemónica en la que se sustentó la intervención de Irak no ha terminado: Estados Unidos sigue intentando mantener su posición de supremacía estratégica en Oriente Medio. Esta situación suscita la

²⁰ GARCÍA, Caterina y RODRIGO, Ángel: *Los límites del proyecto imperial: Estados Unidos y el orden internacional en el siglo XXI*, Madrid: Catarata, 2008, p. 34.

siguiente pregunta, ¿las tensiones generadas en el Medio Oriente por parte de la administración Trump reproducen la situación prebélica con Irak en 2003?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABU-TARBUSH, José: “¿Cómo definir la actual supremacía estadounidense?” *Témpora. Revista de historia y sociología de la educación*, núm. 7, 2004.
- ALBA CUÉLLAR, Angélica: “Irak y Occidente en el siglo XX: La historia de una relación estratégica y tumultuosa”, *Revista Análisis Internacional*, núm. 4, 2011.
- BRZEZINSKI, Zbigniew: *El Dilema de EEUU: ¿Dominación global o liderazgo global?* Barcelona: Paidós, 2005 [*The Choice: Global Domination or Global Leadership*, New York, Basic Books, 2004].
- FAROUK-SLUGLETT, Marion y SLUGLETT, Peter: *Iraq since 1958: From Revolution to Dictatorship*. London: I. B. Tauris, 2001.
- GARCÍA, Caterina y RODRIGO, Ángel: *Los límites del proyecto imperial: Estados Unidos y el orden internacional en el siglo XXI*, Madrid: Catarata, 2008
- HUNTINGTON, Samuel: “La superpotencia solitaria”, *Política Exterior*, núm. 71, 1999. [«The Lonely Superpower», *Foreign Affairs*, vol. 78, núm. 2, 1999.
- HASS, Richard: “La era de la No Polaridad”, *Foreign Affairs*, núm. 3, 2008. [«The Age of Nonpolarity», *Foreign Affairs*, vol. 87, núm. 3, 2008].
- KENNEDY, Paul: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona: Plaza & Janés, 1988. [*The Rise and Fall of the Great Powers*, London, Unwin Hyman, 1988].
- NYE, Joseph.: *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*, Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano, 1991, pp. 171-182. [*Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*, New York, Basic Books, 1990].
- RICE, Condoleezza: "Repensar el interés nacional. El realismo estadounidense para un nuevo mundo", *Foreign Affairs Latinoamérica*, núm. 4, 2008.
- SEGURA, Antoni: *Irak en la encrucijada*, Barcelona: RBA, 2003.

- SODUPE, Kepa: *La estructura de poder del sistema internacional. Del final de la Segunda Guerra Mundial a la posguerra fría*, Madrid: Fundamentos, 2002.
- TODD, Emmanuel: *Después del Imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*, Madrid: Foca, 2003. [*Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain*, París, Gallimard, 2002].
- TODOROV, Tzvetan: *El nuevo desorden mundial*, Barcelona: Península, 2003. [*Le nouveau désordre mondial*. Paris, Éditions Robert Laffont/Susana Lea Associates].
- WALKER, Martin: "The making of modern Iraq". *The Wilson Quarterly*, núm. 2, 2003.
- YETIV, Steve A.: *The absence of grand strategy: The United States in the Persian Gulf, 1972-2005*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 2008.